Tiba*

Por Delfina Careaga



Ilustraciones: Abelardo Gutiérrez

Con la cantidad que nos proporcionó, pudimos cambiarnos a una pequeña y antigua casita ubicada frente a un inmenso parque, realce de un barrio sencillo en la periferia de la ciudad. A Francisco le disgustó el sitio; dijo que comercialmente no era bueno. Pero insistimos hasta convencerlo —o hasta fatigarlo—, porque la cercanía del enorme jardín nos aseguraba el bienestar de Tiba. Y modestamente, pero con alegría, pusimos una tienda de regalos en donde había sido la cochera, y empezamos a vivir con nuevas energías e ilusiones.

Los primeros meses transcurrieron en perfecta dicha. Ganábamos lo suficiente para mantenernos, además de ir pagando poco a poco a mi cuñado la generosa ayuda que nos ofreciera en momentos de tanto apuro. Al cerrar la tienda después de comer, con sólo atravesar la calle, nos adentrábamos en el parque en donde nuestra perrita jugó y corrió durante mucho, muchísimo tiempo, proporcionándonos así la felicidad, la verdadera, esa que por honda no se advierte en una simple sonrisa... Tiba tenía innumerables amigos perros y amigos niños que, conociéndola por su nombre, la llamaban sin cesar para que jugara carreras con sus animalitos. En esa época, ella ganaba invariablemente.

Una mañana azul de invierno, Tiba conoció a Pilón.

Pilón —así le pusimos en una particular apreciación a sus cuantiosas desgracias de perra callejera, dentro de las cuales, además, la había atropellado un coche de pilón, dejándola coja— se convirtió en la compañera inseparable de nuestra hijita.

A diferencia de Tiba —una flecha de obsidiana, una pequeña y rara gacela de ébano—, Pilón tenía pelo corto e hirsuto, café desteñido con manchones blancos, y era un poco más grande de tamaño que la nuestra. Poseía una hermosa mirada color miel, un poco pegajosa, característica de un animal que sufre los desprecios de todo el mundo. Con seguridad intuyó desde un principio que nosotros somos de esa singular especie que comprende a los animales y tiene comunicación con ellos, porque siempre nos demostró un cariño sin límites.

Entonces el parque tuvo mayor encanto, si es posible. Pilón nos esperaba

* Segunda parte. La primera fue publicada en el número anterior.

ya todos los días en el jardín a la misma hora; después de saludarnos —a mi marido y a mí—, las dos, Tiba y ella, salían disparadas, corriendo y convirtiendo al universo en un torbellino de arrebatadora fuerza vital.

Pasaron los días y la trotacalles empezó a visitarnos con mayor frecuencia en la tienda de regalos. Después, semanas después, Pilón no se nos separaba ya.

En las tardes, las dos amigas se echaban a la puerta de la tiendita, serenas, mudas y sabias. Por sus pupilas —pequeñitas, heridas por los rayos de un sol que se perdía— transitó el desfile de los seres humanos con su parlanchina ignorancia, con su definitiva impotencia (y ellas, así, con una rendija visual apenas entreabierta, los abarcaban en su dimensión exacta). Pasaron también la lluvia y el viento, el sol vanidoso de las doce del día; pasaba el movimiento incesante de la vida…

Por la noche, Pilón dormía en la tienda, después de comer junto con Tiba su cena imprescindible. Pero un día o una noche, quiero decir, hubo una vez que no volvimos a ver a Pilón.

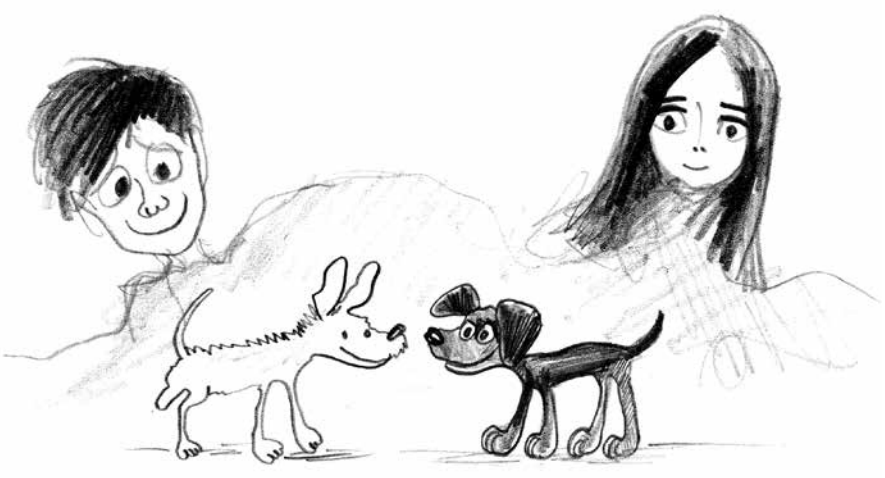
La perrita misteriosamente había salido de la casa, de la colonia, del parque y de nuestra vida. Nadie sabía de ella. Preguntamos sin respuesta a todos los vecinos que encontrábamos en nuestra búsqueda angustiosa. Tiba lloró sin descanso. Sus ojos se volvieron aún más grandes, como soles anegados. Su consternación fue tan rotunda que olvidó el modo tan particular que tenía para reír. (Hasta la fecha no hemos conseguido que lo vuelva a hacer, a pesar de nuestros esfuerzos para borrarle esos días de pesadilla). Pilón se había ido con la alegría de Tiba y, por consecuencia, con la de nosotros. No sé ya cuántos métodos intentamos para distraerla. De la desesperación a gritos, pasó a la más torturadora indiferencia. Apenas comía; fue la época en que perdió hasta el hábito de meterse bajo las mantas para dormir. Daba vueltas y vueltas por el cuarto, caminando, con la otrora enroscada cola, colgándole ahora entre las piernas. Tiba llegó a enfermar de pesar.

Las visitas al doctor y el tanteo ciego del tratamiento adecuado a la depresión canina, perturbó también, fatalmente, nuestro equilibrio económico. Pero no teníamos aliento más que para salvarla. El doctor concretamente nos dijo, al final de muchos días, que no podía hacer nada por ella.

Esa noche y dos días más, los pasamos completamente en vela. Hacía tiempo que ni siquiera abríamos el negocio; atentos, anhelantes alrededor de ella que sufría, estuvimos nosotros que moríamos de aflicción.

En la llegada del tercer día, inocentemente como sólo saben hacerlo las criaturas de su especie, Tiba se durmió respirando con normalidad. Esa mañana, con los ojos hinchados y la razón entumecida, no aprecié de momento todo lo que valía el reencuentro con Pilón, que esperaba inquieta en la esquina de la casa a que yo saliera para ir, como sabía mi costumbre, por la leche del día.

Regresamos las dos con los ojos arrasados en lágrimas. Tiba apenas miró a su amiga, trató de enderezarse y emitió un leve y dulcísimo ladrido.



Nuestra perrita, entonces, mejoró con la rapidez que tiene el que precisa vivir. Y volvió esa radiante y caprichosa felicidad. Volvió a ser la vida todo orden, en un mundo creado por nosotros exactamente a la medida. Volvió el tiempo ido y el tiempo por venir...

B. y yo nos turnábamos para comer y sacar a las niñas —¿a las perritas?—, a las niñas al jardín. Por otra parte, de nuevo estábamos hundidos en otro ahogo económico. No obstante, tuvimos fe en que pronto nos recuperaríamos del todo.

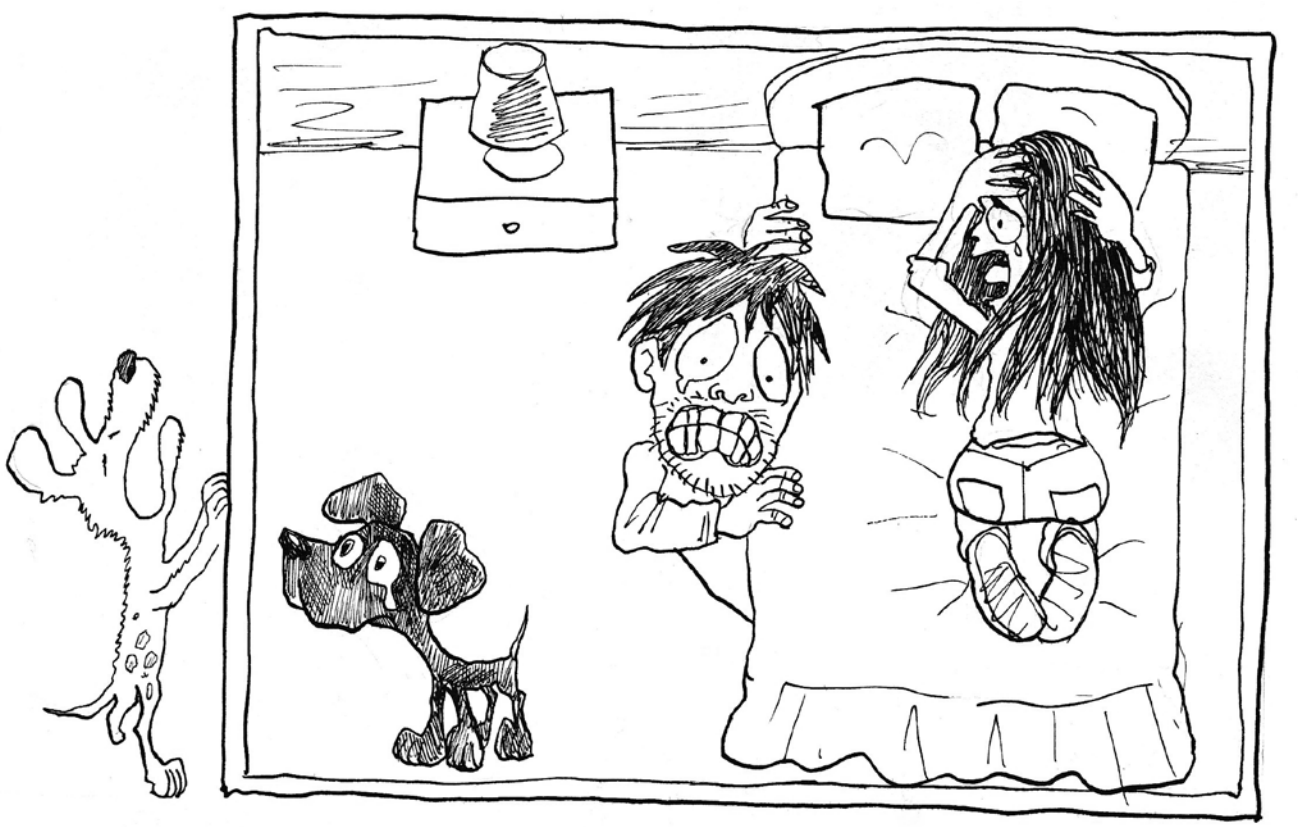
(Lo que contaré de ahora en adelante, está un poco confuso. A veces las ideas se tergiversan; no diré que se escapan, pero se adelantan unas a otras en una medida de tiempo que no reconozco).

La enfermedad de Pilón la descubrimos cuando jugábamos los cuatro en el tapete de la sala. Él miró con horror la parte interior de una de sus patas traseras que se despellejaba con un solo, leve roce. La carne se veía gris, en partes, manchada de rojo por heridas supurantes en otras. En el suelo, pedazos de piel seca se esparcían siniestramente.

Lo primero que se nos ocurrió fue cargar a Tiba para separarla inmediatamente de la otra. Pilón nos miró asombrada. Quisimos encerrarnos en nuestra recámara, pero la perrita nos siguió, cojeando, tan confiada como siempre. Mi marido tuvo que detenerla y ordenarle que nos esperara afuera. Consternadísimos, no sabíamos qué hacer: la repulsión y el miedo, en una conjunción tremenda, nos impedían pensar claro.

Llamé a un veterinario. Después de una hora interminable, llegó el doctor. Examinó la patita de Pilón y nos dijo que no había remedio. Una enfermedad muy rara... como lepra en las personas... Sí, contagiosa para los animales, posiblemente para las personas... Y concluyó: "Hay que sacrificarla".

Otra vez desconcierto... terror. Ya no pudimos dar una solución al espantoso





conflicto. Sólo estuvimos seguros de que nunca, nunca, la mataríamos.

Sacamos a Pilón de la casa, pero ésta no se apartaba de la puerta de la calle. Por las noches oíamos sus alaridos de un desconsuelo insoportable. No dormíamos. Ya no pude salir a buscar alimentos. Por la azotea me comuniqué con la sirvienta de la casa vecina para que nos hiciera favor de comprarnos lo indispensable para sostenernos. Nos encerramos en el dormitorio, porque el sólo bajar a la tienda nos producía pánico.

¿Pasaron los días, las semanas, los meses? Yo sé que el tiempo no existe, que meramente es otra de las invenciones del hombre. Por eso, aquí y hoy, ayer y mañana, veo y palpo en mis dedos la tersura del suave pelo de Tiba, acariciado. Su agilidad en nuestros pasos, su sabiduría en nuestras mentes; su nostalgia en nuestro pesar y su esperanza en nuestra paciencia.

El pelo negro de Tiba —tan brillante y lustroso, nuestro orgullo— adquirió entonces opacidad de muerte. Ella, la energía, la proveedora de la savia vivificante, el reflejo de lo mejor de nosotros dentro de sus enormes ojos, adelgazó hasta ya no poder levantarse del rincón que eligió como tumba...

No obstante... hay cosas que por sabidas se callan: Pilón se fue... sí, borrándose para toda la eternidad, para siempre jamás, de nuestra memoria. (¡Cállate!).

Yo no entiendo de negocios, pero dicen que nos quitaron una casa y la mercancía que quedaba en un comercio-jardín para pagar quién sabe qué deudas... Eso fue hace tanto que ni siquiera puedo acordarme.

Ahora andamos muy contentos caminando por las calles con nuestra perrita, hijita de mi corazón. Yo tengo dolores que de pronto me aquejan en donde primero siento comezón. A B, le pongo vendas —con trapitos que a veces hallamos en el basurero— sobre sus llagas que supuran un poco... Ya no dormimos bajo ningún techo. Sólo existimos los tres. (¡LA UNIDAD!).

Tiba continúa preciosa, a nuestro lado, cándida y feliz. También es cierto que su cojera últimamente se ha acentuado, pero nosotros no lo notamos. Cuando en las noches, después de escoger un zaguán amplio para dormir, la tomo entre mis brazos y acaricio su pelito café (hoy un tanto sucio por la sangre de sus heridas), y cuando me la quedo mirando en sus ojitos de miel, siento como un reblandecimiento en el corazón; yo creo... sí... yo creo que es ternura.



Delfina Careaga nació en Ciudad de México en 1937, aunque desde hace años radica en Toluca. Su obra abarca historieta, cuento, novela, teatro y guion cinematográfico. Es ganadora de la Presea Estado de México "Sor Juana Inés de la Cruz" y de premios nacionales de dramaturgia y cine, como el Ariel de plata por el mejor argumento del año en la película *La tía Alejandra*, dirigida por Arturo Ripstein. Cinco de sus obras han sido puestas en escena y lleva 17 libros publicados, así como más de 100 guiones para historieta.